IX Domingo del Tiempo Ordinario C

Un capitán romano

"Dijo el centurión: Señor, no te molestes. No soy yo quién para que entres bajo mi techo". San Lucas, cap. 7.

Un capitán del ejército romano se había ganado el aprecio de los judíos, por haberles construido una sinagoga.

Lo sorprendente no es la generosidad del extranjero. Más admirable aun es que aquel pueblo, tan lleno de prejuicios religiosos, aceptara el obsequio.

Este funcionario es un hombre capaz. Conoce la idiosincrasia judía.

Cuando uno de sus criados cae enfermo, no se atreve a acercarse a Jesús. El es un pagano, un forastero. ¿Compartiría el Maestro el orgullo y la estrechez de mente de sus compatriotas?

Por esto le envía cómo mensajeros, según San Lucas, a judíos importantes. Pero el capitán se queda inquieto. Es mucho pedirle al profeta que baje hasta su casa para curar a su siervo agonizante. Esto equivale a contaminarse con los impuros.

Entonces manda otros legados para decirle: Señor, no te molestes. No soy yo quién para que entres bajo mi techo. Dilo de palabra y mi criado estará sano.

La mayoría de los enfermos se acercaban a Cristo, buscando que los tocase para sanarlos.

Salía de El una virtud, anotan los evangelistas.

Este soldado romano comprende que Jesús tiene todo el poder de Dios. Desde lejos, puede dar una orden a la vida que se escurre del siervo.

"Yo mismo, comenta, el centurión para que se lo digan al Maestro, que tengo autoridad sobre mi tropa, ordeno a alguno que vaya y va. Digo a otro que venga y viene. Y si mando a mi siervo que haga algo, lo ejecuta enseguida.

Jesús, al oír estas cosas se admiró y volviéndose a la gente, les dijo: Ni siquiera en Israel he hallado fe tan grande.

Fe aquí significa algo más que aceptar algunas verdades religiosas, las cuales el cinturón desconocía. Algo más que participar en unos ritos.

Fe aquí significa descubrir al Señor. Adivinar su presencia viva en Jesús. En ese Jesús que actúa en cada circunstancia: Su criado estaba enfermo,

Los mensajeros del capitán dieron el mensaje al Señor, pero volvieron enseguida junto al lecho del enfermo. Allí comprobaron que el siervo estaba sano.

La fe del centurión, igual a aquella que traslada montañas, había alcanzado el milagro.

Un pagano nos enseña a los creyentes que la fe no nos compromete primordialmente con algo. Nos ata, ante todo, a un Alguien. A Jesucristo que es la manifestación del Señor del cielo.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y